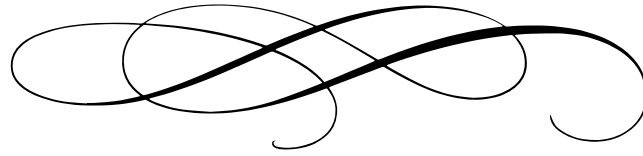


JULIANNE DONALDSON

Edenbrooke

Libros de
seda

Para todas las almas gemelas.



Capítulo 1

Bath, Inglaterra, 1816

Aquel roble me dejó absorta. Al pasar bajo sus frondosas ramas, no pude evitar alzar la vista y ser testigo de cómo el viento mecía sus hojas y las hacía girar sobre los tallos. Me percaté entonces del tiempo que hacía que yo no giraba sobre mí misma. Me quedé inmóvil mientras intentaba recordar la última vez que había sentido la necesidad de dar vueltas y más vueltas.

El señor Whittles aprovechó mi distracción para acercarse con sigilo.

— ¡Señorita Daventry! ¡Cuán inesperado placer!

Eché a andar, sorprendida, buscando con desesperación a mi tía Amelia, que debía de haber continuado por el camino de gravilla mientras yo me detenía a la sombra del árbol.



— ¡Señor Whittles! No le había oído.

Acostumbraba a estar pendiente de cualquier sonido que delatara su llegada, pero aquel roble me había distraído.

Me obsequió con una espléndida sonrisa y una reverencia tan exagerada que su corsé protestó. Su rostro rechoncho brillaba por el sudor y llevaba el pelo, o lo que le quedaba de él, adherido a la cabeza. Me doblaba en edad y era tan ridículo que apenas podía soportar su presencia. De todos sus rasgos repulsivos, el que más me horrorizaba era la boca, pues cuando hablaba, en la comisura de sus labios se alojaba inevitablemente una película de saliva.

Intenté no fijarme en ellos cuando comenzó a hablar.

— Hace una mañana espléndida, ¿no le parece? De hecho, me invita a cantar. ¡Oh, cuán espléndida mañana! ¡Oh, cuán espléndido día! ¡Oh, cuán espléndida mujer divisé en la lejanía! — Hizo una reverencia, como si esperara que le aplaudieran—. Sin embargo, hoy puedo ofrecerle algo mejor que esa cancioncilla. He compuesto un poema solo para usted.

Me encaminé en la dirección que debía de haber tomado mi tía Amelia.

— Mi tía estará encantada de escucharlo, señor Whittles. Va algo más adelantada, pero solo unos pasos, se lo aseguro.

— Pero, señorita Daventry, es a usted a quien yo deseo agradar con mi poesía. — Se acercó a mí—. Porque le gusta mi poesía, ¿verdad?



Escondí las manos detrás de la espalda por si él intentaba darme la suya. Ya lo había hecho otras veces y había sido sumamente desagradable.

—Me temo que no sé apreciarla tan bien como mi tía.

Eché un vistazo por encima del hombro y suspiré aliviada. Mi solterona tía venía a mi encuentro a toda prisa. Era una carabina excelente; un hecho que no había sabido apreciar hasta ese momento.

—¡Marianne! ¡Estás aquí! Oh, señor Whittles, no le había reconocido de lejos. Mi pobre vista, ya sabe...

—Le dedicó una sonrisa rebosante de alegría—. ¿Ha compuesto otro poema? Me encanta su poesía. Tiene usted el don de la palabra.

Mi tía habría sido la esposa perfecta para el señor Whittles. Sus problemas de vista suavizaban la naturaleza repulsiva de los rasgos de él y como la pobre tenía más pelo que ingenio, tampoco su ridiculez le horrorizaba tanto como a mí. De hecho, llevaba algún tiempo intentando desviar la atención del señor Whittles hacia ella, aunque por el momento no había tenido mucho éxito.

—Pues, la verdad es que sí.

Se sacó una hoja de papel del bolsillo de la levita, la acarició con ternura y se humedeció los labios. Una gota enorme de saliva quedó colgando de la comisura y no pude evitar clavar en ella la mirada, a pesar de no querer hacerlo. La gota zangoloteó cuando empezó a leer, aunque no se desprendió.



—«La señorita Daventry es hermosa y singular, y tiene unos ojos de un color sin igual. Ni de un verde vulgar, ni marrones sin más, sino del color del mar y nada más».

Aparté la mirada de la temblorosa gota de saliva.

—Del color del mar, ¡qué ocurrencia! Si mis ojos son más grises que azules. Me encantaría escuchar un poema que hablara de mis ojos grises —respondí esbozando una sonrisa inocente.

—Sí, sí, por supuesto. Yo mismo he pensado en numerosas ocasiones que sus ojos parecen grises del todo. —Frunció el ceño unos instantes—. ¡Ah, ya lo tengo! Diré que son del color del mar en un día de tormenta pues, como bien sabe, el mar durante las tormentas a menudo parece de color gris. Es un sencillo cambio y no será necesario reescribir el poema, como en las últimas cinco ocasiones.

—Es usted tan inteligente —murmuré.

—Desde luego —coincidió mi tía.

—Pero aún hay más. «La señorita Daventry es hermosa y singular, y su melena ondea al caminar. La luz llena de reflejos su cabello de color ambarino, nada menos que así de fino».

—Fantástico —exclamé—, aunque nunca he considerado que mi cabello fuera de color ambarino. —Me volví hacia mi tía—. ¿Alguna vez te lo ha parecido, tía Amelia?

Ella ladeó la cabeza.



—No, nunca.

—¿Lo ve? Siento mucho no coincidir con usted, señor Whittles, pero creo firmemente que vale la pena animarle a perfeccionar su poesía.

Él asintió.

—¿Prefirió la vez que lo comparé con el color de mi caballo?

—Sí. —Dejé escapar un suspiro—. Eso fue mil veces mejor. —Estaba empezando a cansarme de aquel jueguito—. Quizá debería marcharse a casa ahora mismo y reescribirlo.

—Sin embargo —intervino mi tía, puntualizando con el dedo—, muchas veces he pensado que tu cabello tiene el mismo tono que la miel.

—¡La miel! Sí, eso es. —Se aclaró la garganta—. «La luz llena de reflejos su cabello color miel, nada menos así, de miel».

El señor Whittles sonrió dejando al descubierto toda su boca babosa. Contuve las náuseas. ¿Cómo podía una persona producir tanta saliva?

—Ahora está perfecto. Lo leeré en la cena de los Smith de este viernes.

Aquella idea me horrorizó.

—Oh, pero eso lo arruinaría, señor. Un poema tan bonito como este debe permanecer próximo al corazón.

—Tendí una mano—. ¿Puedo quedármelo, por favor?

Dudó unos instantes, pero al final me lo entregó.

—Gracias —respondí con sinceridad.



Entonces mi tía Amelia le preguntó por la salud de su madre. Cuando empezó a describir la herida supurante que la mujer tenía en el pie, se me revolvió el estómago. Aquella conversación era demasiado repugnante. Para dejar de pensar en aquello, me aparté un poco y alcé de nuevo la vista hacia el roble que había conseguido atraer mi atención.

Era un árbol imponente y me hizo pensar en el campo con gran añoranza. Las hojas seguían girando movidas por la brisa y volví a formularme la pregunta que me había hecho detenerme unos minutos antes. ¿Cuándo había dado vueltas por última vez?

En el pasado, dar vueltas había sido una costumbre en mí, aunque mi abuela lo habría considerado una mala costumbre si hubiese estado al corriente. Habría estado al mismo nivel que otros hábitos míos, como sentarme en el vergel durante horas con un libro o trotar por el campo a lomos de mi yegua.

Como mínimo debían de haber transcurrido catorce meses desde la última vez que me había puesto a dar vueltas. Era el tiempo que hacía que mi padre me había alejado de mi hogar, justo después del entierro, y depositado en la puerta de la casa de mi abuela en Bath antes de partir camino de Francia para llorar la pérdida a su manera.

Catorce meses en aquella sofocante ciudad... Dos más de lo que había temido en un principio. Aunque nadie me había dado razones para creerlo, había teni-



do la esperanza de que un año de duelo separados fuera castigo suficiente. Y por eso, en el aniversario de la muerte de mi madre, dos meses atrás, había esperado durante todo el día el regreso de mi padre. Una y otra vez lo había imaginado llamando a la puerta. El corazón me daría un vuelco, bajaría corriendo a abrirle la puerta y él me sonreiría al anunciarme que había venido para llevarme de vuelta a casa.

Sin embargo, mi padre no apareció. Estuve toda la noche sentada en la cama a la luz de una vela esperando a oír el toc toc que indicaría mi liberación de aquella jaula de oro, pero la mañana despuntó sin que nadie llamara a la puerta.

Dejé escapar un suspiro al levantar la vista hacia las verdes hojas que bailaban con el viento. No había tenido un motivo para dar vueltas en tanto tiempo... Y no tener nada por lo que dar vueltas a los diecisiete años, debía de ser sin duda un problema.

—Y rezuman. —La voz del señor Whittles me trajo de vuelta a la realidad—. Rezuman sin parar.

El rostro de mi tía Amelia había adquirido un tono blanquecino y se había llevado una mano enguantada a la boca. Decidí que había llegado el momento de intervenir.

—Mi abuela nos espera. Tendrá que perdonarnos —me disculpé ante el señor Whittles mientras tomaba a mi tía del brazo.

—Por supuesto, por supuesto —respondió con una nueva reverencia que hizo que su corsé protestara sin



discreción—. Espero verla pronto, señorita Daventry. ¿Quizás en el Pump Room?

Debería haber imaginado que sugeriría el centro neurálgico de la vida social de Bath para un nuevo encuentro «fortuito». Conocía bien mis costumbres. Sonreí cortésmente, mientras resolvía no ir a tomar el té al Pump Room durante al menos una semana, y tiré de mi tía hacia la amplia extensión de hierba que separaba el camino de gravilla del Royal Crescent. El edificio describía un elegante semicírculo de piedra de color manteca que recordaba a unos enormes brazos extendidos y listos para dar un abrazo. La casa de mi abuela en el Royal Crescent era de lo mejorcito que Bath podía ofrecer. Aun así, el lujo no compensaba que la vida en la ciudad se me antojara insoportable. Añoraba el campo con tanta desesperación que pasaba las noches y los días soñando con volver allí.

Mi abuela estaba en su salón leyendo una carta, aposentada en su butaca como si se tratara de un trono. Seguía vistiendo todavía de riguroso luto. Cuando entré, alzó la vista y me examinó de arriba abajo con su mirada crítica. A sus ojos grises y perspicaces no se les escapaba nada.

—¿Dónde has estado toda la mañana? ¿Correteando de nuevo por el campo como si fueras la hija de un vulgar granjero?

La primera vez que me había formulado aquella pregunta me había hecho estremecer; ahora, sin embargo,



me hacía sonreír, pues sabía que formaba parte de nuestro particular jueguecito. Mi abuela disfrutaba enzarzándose en un buen duelo verbal al menos una vez al día y, aunque no pensaba utilizarlo en su contra, había comprendido que sus ademanes bruscos solo servían para enmascarar lo que ella consideraba el mayor de todos los defectos: un corazón bondadoso.

—No, eso es para los días impares, abuela. Los pares me dedico a aprender a ordeñar vacas.

Me agaché y le di un beso en la frente. Ella me apretó el brazo durante un brevísimo instante. Aquel gesto era lo más parecido a una muestra de cariño que obtendría por su parte.

—¡Bah! Supongo que te crees muy graciosa.

—En realidad, no. Hace falta mucha práctica para aprender a ordeñar una vaca y me considero particularmente inepta en esa tarea.

Me percaté de cómo le temblaban los músculos alrededor de la boca, lo que significaba que estaba intentando disimular una sonrisa. Se puso a jugar con su chal de encaje y me hizo señas para que tomara asiento a su lado.

Miré el montoncito de cartas que se encontraba sobre el trincherero.

—¿Ha llegado alguna carta para mí?

—Si lo que me estás preguntando es si has recibido carta de tu despreocupado padre, entonces no.

Aparté la mirada para ocultar mi decepción.



—Debe de estar de viaje. Quizá no tenga oportunidad de escribir.

—O quizás esté tan centrado en su propio sufrimiento que se haya olvidado de sus hijas tras descargar su responsabilidad en alguien que nunca lo pidió, sobre todo a tan avanzada edad —murmuró.

Sentí una punzada de dolor; algunos de sus dardos contenían más veneno que otros. Aquel era un asunto muy doloroso para mí. Odiaba la idea de ser una carga, pero tampoco tenía otro sitio adonde ir.

—¿Quiere que me marche? —pregunté sin poder evitarlo.

—No digas tonterías. Ya tengo bastante con las de tu tía Amelia —espetó con el ceño fruncido. Dobló la carta que había estado leyendo—. He recibido más malas noticias de ese sobrino mío.

¡Ah, el sobrino infame! Debería de haberlo adivinado. Nada ponía de peor humor a mi abuela que enterarse de los últimos escándalos en los que se había visto envuelto su heredero, el señor Kellet, un calavera y sinvergüenza que había dilapidado todo su dinero mientras aguardaba la considerable fortuna que heredaría de mi abuela. A mi hermana melliza, Cecily, le parecía gallardo y romántico; a mí, en cambio, todo lo contrario. Aunque esa solo era una de las muchas cosas en las que no estábamos de acuerdo.

—¿Qué ha hecho esta vez el señor Kellet? —pregunté entonces.



—Nada apropiado para tus inocentes oídos. —Dejó escapar un suspiro y prosiguió en voz más baja—: Creo que cometí un error, Marianne. Esto será su ruina. Ha infligido un daño importante e irreparable al apellido de la familia.

Se llevó una mano temblorosa a la frente. Parecía frágil y cansada. La observé sorprendida. Nunca había demostrado semejante vulnerabilidad delante de mí y no era propio de ella. Me incliné hacia delante y tomé una de sus manos.

—Abuela, ¿está bien? ¿Puedo traerle algo?

Ella se soltó.

—No me trates con indulgencia, niña. Sabes que no tengo paciencia con esa clase de comportamiento. Solo estoy cansada.

Contuve una sonrisa. Si podía responder de aquella manera, es que se encontraba bien. Aun así, su reacción resultaba inaudita. Por lo general, solía ignorar las fechorías del señor Kellet y recordarse por qué siempre había sido su favorito. (Creo que lo que le gustaba de él era que no le tenía miedo como los demás). No obstante, nunca la había visto tan preocupada ni tan abatida.

Mi abuela señaló el montoncito de cartas que había sobre la mesa.

—Hay una carta para ti. De Londres. Ve a leerla y déjame a solas unos minutos.

Con la carta en las manos me dirigí hacia la ventana y dejé que el sol iluminara aquella escritura tan familiar.



Al traerme a Bath, mi padre había encontrado un destino aún mejor para mi hermana melliza, Cecily, que llevaba los últimos catorce meses en casa de nuestra prima Edith en Londres y, al parecer, había disfrutado cada instante de su estancia allí.

Para ser mellizas, Cecily y yo éramos increíblemente distintas. Ella me superaba en todas las artes femeninas y era mucho más hermosa y refinada. Tocaba el piano-forte y cantaba como los ángeles, flirteaba con facilidad con los caballeros y le gustaba vivir en la ciudad. Cecily soñaba con casarse con un hombre en posesión de un título y era ambiciosa.

Mis ambiciones divergían mucho de las suyas. Yo quería vivir en el campo, montar a caballo, sentarme en el vergel a pintar y cuidar de mi padre. Soñaba con encontrar mi lugar en el mundo y hacer algo útil y bueno con mi tiempo; pero, sobre todo, deseaba que me quisieran por lo que era. Mis ambiciones eran discretas y aburridas en comparación con las de Cecily y, en ocasiones, sospechaba que yo misma debía de parecer discreta y aburrida a su lado.

Desde hacía algún tiempo, Cecily solo hablaba en sus cartas de su queridísima amiga Louisa Wyndham y de su apuesto y noble hermano mayor, con el que estaba decidida a casarse. Nunca me había dicho su nombre y en sus cartas siempre se refería a él como «el hermano». Supongo que temía que pudieran caer en manos de alguien menos discreto que yo. Quizás estaba preocupa-



da por si Betsy, mi doncella, las leía; no sin razón, pues era una chismosa incorregible.

No le había contado nada a mi hermana, pero le había pedido a Betsy que averiguara cuál era el nombre del hijo mayor de los Wyndham y esta había descubierto que se llamaba Charles. En mi opinión, *sir* Charles y *lady* Cecily sonaba muy bien. Desde luego, si mi hermana había decidido casarse con él, entonces eso es lo que haría, pues nunca había fracasado en su empeño por conseguir lo que deseaba.

Antes de romper el sello de la carta, cerré los ojos y formulé un deseo en silencio. «Por favor, que no vuelva a hablar solo de su querida Louisa y de su apuesto hermano». No tenía nada en contra de los Wyndham —al fin y al cabo, nuestras madres habían sido muy amigas de niñas y su amistad me resultaba tan grata como a Cecily—, pero no había oído hablar de otra cosa en los últimos dos meses y empezaba a preguntarme si yo era tan importante para ella como los Wyndham. Abrí la carta y empecé a leer.

Querida Marianne:

Lamento tanto que Bath esté resultando ser una cárcel para ti. Yo misma no puedo entender ese sentimiento, pues adoro Londres. Quizás al ser mellizas yo recibí en mi corazón todo el amor por la civilización y tú el amor por la naturaleza. Al menos en este aspecto no somos idénticas.



(A propósito, como tu hermana, puedo perdonarte que escribas cosas como «Preferiría que el sol, el viento y el cielo me adornaran la cabeza antes que un bonito sombrero». No obstante, te ruego que no vayas diciendo nada por el estilo a los demás o te considerarán demasiado extravagante).

Puesto que estás tan triste, no te aburriré contándote todo lo que he hecho esta semana. Solo te diré una cosa. Mi primera temporada en la ciudad está resultando tan divertida como siempre había soñado. Sin embargo, no pondré a prueba tu paciencia hoy añadiendo nada más por temor a que rompas esta carta antes de haber leído las noticias importantes que tengo para ti.

Mi queridísima amiga Louisa Wyndham me ha invitado a alojarme con ella en su casa de campo. Por lo que tengo entendido, es una casa solariega magnífica, se llama Edenbrooke y está situada en Kent. Partiremos hacia allí en quince días. Pero aquí llega lo importante: ¡tú también estás invitada! Lady Caroline ha ampliado la invitación para incluirte, ya que ambas somos hijas de su «queridísima amiga» de la infancia.

Por favor, di que vendrás. Lo pasaremos muy bien. Incluso puede que necesite tu ayuda para convertirme en lady Cecily (suena distinguido, ¿no crees?), ya que por supuesto su hermano también estará allí y será mi oportunidad para asegurarme su afecto. Además, así podrás conocer a mi futura familia.

Con cariño.

Cecily



Me invadió una alegría tan grande que me quedé sin respiración. ¡Volver al campo! ¡Abandonar Bath y mi confinamiento! ¡Reunirme de nuevo con mi hermana después de tanto tiempo separadas! Era demasiado para asimilarlo de una vez. Leí de nuevo la carta, esta vez despacio, saboreando cada palabra. Estaba claro que Cecily no necesitaba mi ayuda para asegurarse el afecto de *sir* Charles. En este asunto, no había nada que yo pudiera aconsejarle que ella no supiera hacer cien veces mejor. Sin embargo, esta carta era una prueba de que seguía siendo importante para ella, de que no me había olvidado. ¡Oh, mi adorada hermana! Aquella era la solución a todos mis problemas y quizás encontrara en Edenbrooke una razón para volver a dar vueltas.

—¿Y bien? ¿Qué dice tu hermana? —me preguntó mi abuela.

Me volví hacia ella ilusionada.

—Me ha invitado a acompañarla a la casa que los Wyndham tienen en Kent. Partiré de Londres dentro de quince días.

Mi abuela frunció los labios y me observó con una mirada especulativa. No dijo nada y el corazón me dio un vuelco. No se negaría a dejarme ir, ¿verdad? Y menos sabiendo lo que significaba para mí.

Apreté la carta contra el pecho mientras mi corazón temblaba ante la posibilidad de que se le negara esa bendición inesperada.

—¿Me da permiso?



Bajó la mirada y contempló la carta que aún sostenía, la que contenía las malas noticias sobre el señor Kellet. Luego la dejó sobre la mesita y se enderezó en su asiento.

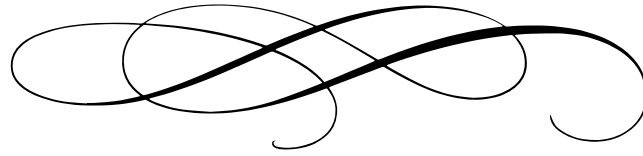
—Puedes ir, pero con una condición. Debes cambiar esos modales salvajes. ¿Qué es eso de corretear por ahí durante todo el día? Debes aprender a comportarte como una jovencita elegante. Copia de tu hermana, ella sí que sabe conducirse en sociedad. No puedo permitir que mi heredera se comporte como una niña incivilizada. No dejaré que me avergüences como ha hecho ese sobrino mío.

Me quedé mirando a mi abuela. ¿Su heredera?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Lo que has oído. Voy a desheredar al señor Kellet y a legarte el grueso de mi fortuna. En este momento, tu dote asciende aproximadamente a cuarenta mil libras.





Capítulo 2

S abía que me había quedado con la boca abierta, pero era incapaz de cerrarla. ¡Cuarenta mil libras! Ignoraba que mi abuela tuviera tantísimo dinero.

—Por desgracia, no hay ninguna propiedad vinculada al dinero —continuó—, aunque dispondrás de una cuando te cases. Lo menos que puedes hacer con mi fortuna es intentar conseguir un matrimonio ventajoso. —Se puso en pie y se dirigió hacia el escritorio—. Conozco a los Wyndham. Yo misma escribiré a *lady* Caroline y aceptaré la invitación en tu nombre. Quince días es tiempo suficiente para encargarse de nuevos vestidos. Nos pondremos con los preparativos de inmediato.

Se sentó frente al escritorio y tomó una hoja de papel. Yo era incapaz de moverme. El curso de mi vida acababa de cambiar, sin previo aviso y sin darme tiempo a asimilarlo.



Mi abuela levantó la vista.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

Tragué saliva.

—No... no sé qué decir.

—Deberías empezar por darme las gracias.

Esbocé una tímida sonrisa.

—Claro que estoy agradecida, abuela. Es solo que... me siento abrumada. No creo estar preparada para dicha responsabilidad.

—Ese es el motivo de tu visita a Edenbrooke, prepararte. Los Wyndham son una familia muy respetada y podrás aprender mucho durante tu estancia. De hecho, esa es mi condición. Conseguiré que te conviertas en una joven refinada, Marianne. Mientras estés allí me escribirás contándome lo que aprendas o te haré volver y te instruiré yo misma.

Un sinfín de pensamientos inconexos revolotearon en mi cabeza, si bien era incapaz de hilvanarlos para que cobraran sentido.

—Estás pálida —añadió—. Sube a tu habitación y échate. Pronto te sentirás mejor. Pero ni se te ocurra decirle una palabra de lo de la herencia a tu doncella. De momento, no es prudente que se sepa. Si no eres capaz de ahuyentar a un simplón como el señor Whittles, nada podrás hacer con otros más taimados que vayan tras tu fortuna. Deja que sea yo quien decida cuando dar a conocer la noticia. Además, aún debo notificársela a mi sobrino.



Asentí con la cabeza.

—No se preocupe, no se lo diré a nadie. — Me mordí el labio inferior—. Pero ¿qué pasará con la herencia de tía Amelia? ¿O con la de Cecily?

Hizo un gesto disuasorio con la mano.

—La parte de Amelia es independiente de la tuya, no te preocupes por ella. En cuanto a Cecily, ella no precisa de fortuna para encontrar un buen partido, pero tú sí.

¿Esa herencia era fruto de la compasión? ¿Porque mi abuela pensaba que no conseguiría encontrar marido sin ella? Tenía la sensación de que esa revelación debería haberme sonrojado; sin embargo, permanecí singularmente impasible, como si se hubiese roto la conexión que unía mi corazón con mi cerebro. Me dirigí poco a poco hacia la puerta. Quizá mi abuela tuviera razón y necesitara descansar un poco.

Pero al abrir la puerta, estuve a punto de ser derribada por el señor Whittles. Debía de haber estado apoyado en la puerta, pues entró en el salón trastabillando.

—Les pido disculpas —exclamó.

—¡Señor Whittles!

Retrocedí con presteza para evitar todo contacto con él.

—He... he vuelto a por mi poema. Para poder introducir los cambios que sugirió.

Detrás de él, vi a mi tía Amelia aguardando en el vestíbulo. Al menos eso explicaba su presencia en la



casa. Saqué el poema del bolsillo y se lo tendí con sumo cuidado para no tocarle la mano. Hizo una reverencia y me dio las gracias hasta cuatro veces mientras salía del salón y cruzaba el vestíbulo de espaldas hasta la puerta principal. Aquel hombre era absolutamente ridículo.

No obstante, después de ver aquel espectáculo, me invadió la emoción y mi corazón y mi cerebro volvieron a conectarse. Dejé de lado el asunto de la herencia; pensaría en ello más tarde. ¡Pronto partiría de Bath y con un poco de suerte perdería de vista al señor Whittles! Esboqué una gran sonrisa y corrí escaleras arriba. Tenía que escribir una carta.

* * *

Escribí a Cecily para aceptar su invitación sin mencionar lo de la herencia. A pesar de lo que me había asegurado mi abuela, no creía que mi hermana fuera tan indiferente al hecho de no heredar una fortuna como lo había sido ella con lo de no dejársela. En realidad, no me parecía bien quedarme con cuarenta mil libras mientras mi hermana recibía tan solo una mísera dote. Aquella situación ventajosa me hacía sentir muy incómoda.

No obstante, después de reflexionar sobre ello durante días, llegué a la conclusión de que ya tendría tiempo de resolver el problema con Cecily en el futuro. Al fin y al cabo, la fortuna ni siquiera era mía aún y mi



abuela gozaba de buena salud. Podían transcurrir años antes de que el dinero pasara a mis manos. Por mi parte, no pensaba decírselo a nadie hasta que se convirtiera en una realidad.

Las dos semanas siguientes transcurrieron vertiginosamente entre idas y venidas a los talleres de costura y las sombrererías. Debería haber disfrutado con las compras; sin embargo, la mera idea de verme expuesta en Edenbrooke tornaba mi alegría en ansiedad. ¿Y si avergonzaba a Cecily delante de su futura familia? Puede que lamentara haberme invitado. Por otro lado, ¿acaso podría comportarme con el decoro que mi abuela esperaba de mí? Estuve preocupada por esas cuestiones hasta que llegó el momento de abandonar Bath.

La mañana de mi partida, mi abuela me estudió durante el desayuno.

—Estás realmente blanca, chiquilla. ¿Qué es lo que te ocurre?

—Estoy bien. Puede que esté algo nerviosa —respondí forzando una sonrisa.

—Entonces será mejor que no comas nada. Pareces el tipo de persona que acaba indispuesta durante los viajes largos.

Recordaba bien mi viaje hasta Bath. Había vomitado en tres ocasiones, una de ellas sobre mis botas. Bajo ningún concepto deseaba llegar a una casa desconocida en semejante estado.



—Quizá tenga razón —admití apartando mi plato. De todas formas, tampoco tenía apetito.

—Antes de que te marches, quiero entregarte algo —anunció.

Introdujo una mano temblorosa bajo el chal de encaje que vestía, sacó un relicario de oro y me lo tendió. Lo abrí con cuidado y lo que descubrí en su interior me fascinó. En uno de los delicados óvalos había un retrato en miniatura de mi madre.

—¡Oh, abuela! —exclamé—. ¡No lo había visto nunca! ¿Cuántos años tenía aquí?

—Dieciocho. Se lo hicieron poco antes de que se casara con vuestro padre.

Así que ese era el aspecto que tenía mi madre a mi edad. No me costó imaginar el revuelo que debía de haber causado en Londres, pues poseía una belleza fuera de lo común. Era el único retrato que tenía de ella, ya que los demás seguían colgados en los silenciosos muros de mi hogar en Surrey. Me coloqué la cadena alrededor del cuello y sentí su reconfortante peso sobre la piel. De inmediato mis nervios desaparecieron y pude respirar mejor.

Un criado anunció que el carruaje estaba listo. Me puse en pie y mi abuela me estudió de arriba a abajo antes de darme su aprobación.

—Bien, quiero que recuerdes lo que le debes a la familia. No hagas nada que pueda avergonzarme. Recuerda llevar un sombrero cada vez que salgas la calle o te



saldrán pecas. Y una última cosa... —Me apuntó con un dedo arrugado y autoritario y lo agitó con una expresión seria en el semblante—. Nunca, nunca... cantes en público.

Apreté los labios y le lancé una mirada furiosa.

—Ese último consejo no era necesario.

Mi abuela rio entre dientes.

—No, imagino que no. ¿Quién podría olvidar lo horroroso que fue la última vez que lo hiciste?

Me ruboricé ante aquel recuerdo bochornoso. A pesar de que habían transcurrido cuatro años desde mi primer recital público, seguía avergonzándome cada vez que pensaba en él.

Me despedí de mi abuela y de mi tía Amelia impaciente por ponerme en camino, pero al salir de la casa una voz conocida me llamó por mi nombre. Me estremecí. ¿De verdad debía soportar al señor Whittles una última vez?

Este se dirigía hacia mí a toda prisa agitando un papel sobre la cabeza.

—Le traigo el poema revisado. ¿No partirá ahora?

—Me temo que sí. Adiós, señor Whittles.

—Pero... pero si mi sobrino llega hoy y me ha expresado su interés en conocerla. De hecho, ha venido a Bath solo con ese propósito.

No tenía interés alguno en conocer a los parientes del señor Whittles. Quería abandonar aquella ciudad y no volver a verle nunca más.



—Lo siento. —Hice señas en dirección al carruaje, donde el cochero me esperaba con la puerta abierta—. No puedo esperar.

Su rostro se entristeció y durante un instante sus ojos reflejaron la profunda decepción que sentía. Luego tomó mi mano y se la llevó a los labios. El beso que depositó en ella fue acompañado de tanta saliva que incluso dejó una marca sobre el guante. Le di la espalda para ocultar la repulsión. Un cochero desconocido inclinó la cabeza cuando subí al carruaje, donde Betsy me aguardaba con, al menos, una buena hora de jugosos chismorreos, de eso estaba segura.

—¿Dónde está el cochero de mi abuela? —la interrogué entonces.

—Lleva una semana en cama con gota, por lo que su abuela ha contratado a este. —Hizo un gesto con la barbilla hacia la parte delantera del carruaje—. Se llama James.

Me sentí aliviada al comprobar que no sería un anciano frágil quien condujese el carruaje durante doce horas. Ese hombre parecía mucho más robusto y probablemente nos conduciría hasta nuestro destino más rápido. Sin embargo, Betsy tenía los labios fruncidos en señal de desaprobación.

—¿Qué ocurre?

—No deseo hablar mal de sus parientes, señorita Marianne, pero su abuela no debería haber escatimado con los pormenores del viaje. En mi opinión, ten-



dría que haber contratado a otro cochero además de a este.

Me encogí de hombros. Ya no se podía hacer nada y mientras llegáramos a nuestro destino sanas y salvas, no veía ningún inconveniente. Después de todo, atravesaríamos la campiña y no tomaríamos ninguno de los caminos principales, en los que sí podía salir a nuestro encuentro algún peligro.

El carruaje se adentró en las calles de Bath. Me asomé por la ventana para ver por última vez la ciudad; ahora que la dejaba atrás, pude incluso admitir a regañadientes que era un lugar bello, sobre todo por los numerosos edificios construidos con la misma piedra dorada que se extraía de las colinas cercanas. Las ruedas del carruaje avanzaban por las calles adoquinadas dejando atrás a los madrugadores bañistas que se dirigían a probar las aguas termales de la ciudad.

De pronto, Betsy se inclinó hacia delante.

—¿No es ese el señor Kellet?

En efecto, se trataba del infame sobrino, que pasaba por delante del Pump Room con su actitud lánguida y despreocupada. La casualidad quiso que levantara la vista cuando el carruaje llegaba a su altura. Aunque eché hacia atrás la cabeza de inmediato, resultaba evidente que me había visto, ya que se quitó el sombrero y sonrió con prepotencia en mi dirección, como solía hacer al saludarme.

